

BEATOS FRANCISCO Y JACINTA MARTO

BOLETÍN DE LOS PASTORCITOS – OCTUBRE - DICIEMBRE 2006 – (AÑO 44)

EL RECORRIDO DE LOS PASTORCILLOS (4)

II. “PECADO” SIGNIFICA, EN LA BIBLIA, “BLASFEMIA DEL SANTO NOMBRE DE DIOS”

En la Sagrada Escritura existe un gran contraste entre maldición y bendición. Ambas recaen sobre el hombre que es “imagen y semejanza” de Dios y que pronuncia su propio juramento. Maldición y bendición, – la generalización del dominio de estas dos realidades y su transmisión a los hijos e hijos de los hijos – sólo se comprende por ser el hombre en Cristo “imagen y semejanza” de Dios y significa que en el alma humana reina el Nombre de Dios. La exigencia principal de la Sagrada Escritura es que el hombre santifique y glorifique el Nombre de Dios.

Dios es el Señor que quiere vivir con los hombres. Ellos deben vivir santos, porque Dios es santo y el nombre de Dios nunca puede ser profanado. Ha sido en el sacrificio de la Cruz donde Cristo nos reconquis-

es sólo la lista de las normas impuestas ni la totalidad de las cosas mandadas, sino la “Ley” es la “Voz” personal de Dios, que ceta por los hombres. Cada persona experimenta en su interior ese amor de Dios como una exigencia incondicional que por la “Ley” o “mandamiento” de la alianza atrae para Si a los hombres, los llama para oír Su voz y atiendan Sus órdenes. Por eso El dice, antes de dar cualquier orden: “Soy Yo, el Señor, vuestro Dios que os santifica”. Y esta voz Suya es de duración eterna.

Ni en el Antiguo, ni en el Nuevo Testamento existe alguna “Ley” vinculada, pero existe el llamamiento para escuchar en el interior la viva voz de Dios, para aceptar y seguir Su mandamiento. Su Amor es la única “Ley” de la Sagrada Escritura.

El Corazón Inmaculado de María llama la atención de los hombres hacia el “pecado”

tó esta vocación para glorificar el Nombre del Padre en unión con Él.

El significado bíblico del “pecado” incluye esta relación íntima de los hombres con Dios y expresa su perversión. Cada hombre peca directamente contra Dios y no contra una criatura o una norma moral.

La “Ley” de Moisés muestra eso claramente: el hombre o cumple la Ley íntegramente, o no la cumple (Jac 2,8-13); no es posible cumplirla sólo “en parte”. Lo fundamental no es el mandamiento o alguna norma, sino que siempre es Dios Soberano que ha dado directamente las órdenes y que está en el alma de los hombres. La relación entre Dios y el hombre es la primaria, lo cual no acontece con la relación entre hombre y la cosa mandada. Quien por tanto transgrede la “Ley” sólo en un punto, la transgrede íntegramente, y la maldición sobre todos los pecados es la misma que cae sobre el pecado contra un solo mandamiento. (Deu 27-28). También el sacrificio reparador desagradaba todas las violaciones de la “Ley” (Lev 4). Porque la “Ley” no



muestra también el único camino eficaz de la salvación: la adoración reparadora

La relación directa de Dios con los hombres es la “Ley del espíritu”, que El expresa en Sus mandamientos..

Entonces cuando el hombre invierte el sentido de la orden de las normas y relega a Dios del fin, entonces él entra en la “ley de la esclavitud” que pone las cosas creadas en frente de Dios, y así pervierte la libertad en esclavitud.

La relación directa del hombre con Dios es también la razón por la cual cada pecado ofende en primer lugar a Dios, y no a la ley moral o a la criatura. Pecado es el insulto contra aquel Nombre Divino, que el hombre lleva consigo, “antes” de violar la ley o la orden creada, porque Dios se encuentra mucho más cerca del hombre de que cualquier cosa creada. Cuando el Nombre de Dios es blasfemado, este pecado afecta primero a Dios y trae consigo el reinado dinámico de la blasfemia.

Quien es por Dios llamado por su nombre, puede usar este nombre tanto para bendición como para maldición, porque el Nombre de Dios es Su ser, es Su santidad, y

porque por Su Espíritu, Dios habita en él. Este llamamiento por Dios y esta vocación en Cristo trae consigo "bendición o maldición": Dios, para su gloria, da su santo Nombre para bendición aquel que es fiel, y la maldición para aquel que no es fiel. Y el hombre derrama la bendición o la maldición, porque al recibir de Dios Su santidad, él le ha transmitido también Su poder, Su fuerza de irradiación y de atracción. Dios lo hace poderoso, como se lee en la bendición de Abrahán, todos aquellos que él bendice son por Dios bendecidos, y los que él maldice son maldecidos; porque en los elegidos la maldición hiere directamente a Dios: "...Bendeciré aquellos que te bendigan y maldeciré aquellos que te maldigan. Y todas las familias de la tierra serán en tí bendecidas" (Gen, 12 1-3)

Quien en su interior porta el Nombre de Dios, este Nombre será para él y para todo su ambiente, o de acción santificadora, o de maldeciente. Por el Espíritu Santo, el Nombre de Dios debe habitar en cada hombre y marcar su vida, siendo una personalidad corporal y espiritual, por su propia santidad él santificara, y por su propia blasfemia corromperá otros hombres porque tanto la santidad del nombre de Dios como también la difamación reinan con dinamismo. Lo que no sea en la vida para la glorificación de Dios, sólo servirá para la desgracia de otro; porque Dios es la única salvación y el únicamente Santo. Desgracia y condenación reinan dinámicamente, y donde no reina el Espíritu de Cristo, ahí reina Satanás.

Recibir y usar el Nombre de Dios es elección, Dios toma posesión del hombre y él le queda consagrado; la señal de elección le queda indisolublemente impresa. Quien no lleva en sí el Nombre de Dios, provoca la blasfemia de los otros, porque usar este Santo Nombre para aquello que no es santo, es motivo de blasfemia para otros. El efecto real de esta blasfemia es aún más terrible cuanto pertenece alguien más a Dios, y se encuentra en Su intimidad. Esto vale ya para cualquier hombre como imagen y semejanza de Dios; pero vale también para los elegidos de Dios, para Israel, para el santo pueblo de Dios, para la Iglesia, para el sacerdocio, para una Orden, etc. Los consagrados son sellados por Dios. Ellos pueden atraer otros hombres hacia Dios o separarlos de Dios.

Israel fue llamado para la glorificación de Dios, pero por su idolatría él pudo también profanar el Santo Nombre de Dios, y no siendo santo, él atrajo la desgracia sobre los otros. En la Sagrada Escritura se lee esta acusación contra Israel muchas veces.

La profanación del Nombre de Dios siempre causó gran desgracia, que nunca pudo ser reparada por el culto externo de sacrificios, sino únicamente por la renovación total venida del Espíritu de Dios. Es con la penitencia y reparación como se arranca la raíz interior de la desgracia. ¡Únicamente el agua pura del Espíritu divino que brota en el interior, es capaz de renovar el corazón y toda la personalidad humana!, exterminando la blasfemia con todas sus consecuencias. Sólo esta agua pura del Espíritu Santo consigue la santificación y renovación del corazón, porque sólo Dios puede hacer esto por Su propio Nombre, y nunca por los méritos de los hombres, el hombre por tanto tiene que aceptar y no debe resistir a esta acción santificadora de Dios. Dios opera la mudanza del corazón, pero también el hombre debe colaborar en este cambio, y dirigirse hacia el centro donde afluye esta agua. "Derramaré sobre vosotros una agua pura y seréis purificados. Yo os

purificaré de todos los pecados. Os daré un corazón nuevo e introduciré en vosotros un espíritu nuevo: arrancaré de vuestro pecho el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Dentro de vosotros pondré mi espíritu, haciendo que sigáis mis leyes y obedezcáis y practiquéis mis preceptos" (Ez 36, 20-29)

Quien pertenece a Dios es propiedad de Dios; quien está consagrado y porta el Nombre de Dios, deber ser santo, se debe dejar santificar, de otra manera no podrá pertenecer a Dios. Cuando alguien o una comunidad, por falta de santidad, profana este Nombre y lo usa con engaño para una santidad irreal, peca en primer lugar contra el segundo mandamiento de Dios; el desprecio es blasfemia y toca directamente al propio Dios también en sus santos, que glorifican Su Nombre.

El pecado, primeramente perversión de la imagen y semejanza de Dios, es una blasfemia. Esta triste realidad afectó en grado supremo a Adán, siendo él "imagen y semejanza de Dios" y tipo de Cristo, él con su rayo de acción universal afectó a todo el género humano, le robó la semejanza de Dios e introdujo en el mundo el reinado dinámico de la blasfemia. Adán es, por sí mismo, una blasfemia real de la imagen y semejanza de Dios en Cristo, pero el Nombre de Dios le quedó grabado también en su "perversión".

Sin embargo Dios llamó de nuevo a Adán con nombre, le dio nuevamente Su Nombre con el nombre de Cristo; se volvió de nuevo imagen y semejanza de Dios. Dios le dio, y con él también a los otros hombres este nombre de Cristo. Para que Su Nombre permanezca en ellos para su propia glorificación, para manifestar la variedad y diversidad de Su sabiduría, superioridad, poder, grandeza y gloria. Él desdobló Su Nombre en destino de nombres individuales. En cuanto que todos ellos forman "uno" en Cristo (Gal 3,28), porque Cristo es la plenitud inagotable de la riqueza de todos los aspectos de esta imagen y semejanza de Dios; concentrado únicamente en Cristo y desdoblado en sus miembros, en tanto que el contenido fundamental del Nombre "imagen y semejanza de Dios" debe estar contenido en cada individuo.

El hombre ha sido creado únicamente para esta misión cuya específica en el Misterio de Cristo, en la unión mística con Cristo. Dios ha dado a cada hombre un nombre especial, para que el Nombre de Dios sea glorificado en Cristo en su especial aspecto. La perversión de esta vocación divina es blasfemia, que afecta directamente a Dios. Los santos que usan y santifican el nombre de Dios, son insultados por los hombres de este mundo y el insulto toca directamente a Dios, porque en ellos se realiza el misterio de Cristo; ellos toman parte en la pasión reparadora de Cristo y deben glorificar así a Dios, como Cristo tantas veces anunció a los Suyos que, por causa de Su Nombre, serían insultados en este mundo. Dios por este medio opera la santificación del mundo caído, la salvación de los otros hombres, la construcción del Cuerpo místico y la realización del Misterio de Dios.

María en Fátima llama la atención sobre las blasfemias contra Dios y contra Su Corazón Inmaculado e insiste mucho en la necesidad de la reparación de esas blasfemias en relación a Su Corazón Inmaculado. Ella muestra los aspectos especiales en que hoy el Nombre de Dios es profanado; muestra las llagas y las aberraciones y perversiones del hombre actual. María concentra en sí el miste-

rio de la "Iglesia", que es la humanidad místicamente unida en Cristo y en el Espíritu Santo. El nombre "Iglesia" significa, tanto en la Sagrada Escritura como en la tradición patrística la verdadera santidad interior; esta santidad es el contenido central del nombre y misterio de la "Iglesia"; no significa una santidad puramente interior e invisible, sino antes una verdadera santidad interior por el nombre que lleva y la por la inhabitación real del Espíritu Santo, que opera en toda la comunidad visible. Sin embargo, si este nombre "Iglesia" es llevado por una comunidad que no es santa, porque en su base y en el culto se volvió jurídicamente independiente, entonces eso es una blasfemia que toca directamente a Cristo, Cabeza de la Iglesia, y de modo especial entonces también al Corazón Inmaculado de María. Un culto que se sustenta por medios externos y con corazón manchado, es una blasfemia contra el Corazón Inmaculado de María. Y si el hombre no ejecuta delante de Dios su servicio divino con corazón puro, sincero y humilde, en actitud interior de adoración creyente como "siervo inútil" y "esclavo humilde" del Señor, entonces esto es blasfemia y afecta también el Corazón Inmaculado de María.

Nuestra Señora en Fátima señala además una "llaga" muy sensible del hombre de hoy con respecto a la "virginidad". Porque la virginidad es la verdadera santidad interior y exterior y es el total distanciamiento interior y exterior de las legalidades de este mundo decaído. El Corazón Inmaculado de María es el foco, la raíz interior de la perfecta virginidad corporal de María. Dios formó este Corazón y la virginidad de María para glorificar bajo este aspecto el Nombre de Dios; y María realizó esto de la manera más perfecta, Ella es en la totalidad de su personalidad la glorificación de Dios.

Con sus palabras en Fátima, Ella "recuerda" a los hombres el pecado de Adán, que los domina aunque ellos no lo reconozcan es el contenido esencial de los tres primeros mandamientos. Ella les muestra su Corazón Inmaculado donde los hombres encuentran el fundamento para cumplir y perfeccionar el contenido esencial de estos tres mandamientos que expresan una única realidad viva y pueden ser realizados juntos. Ella les indica principalmente el contenido del segundo mandamiento, que hoy es tan omitido y desfigurado: "No usarás el nombre del Señor, tu Dios, en vano, porque el Señor no deja impune a aquel que use su nombre en vano" (Ex 20,7)

Dios revela así Su Santo Nombre que El ha dado también al hombre, para habitar en él. El verdadero "Yo soy", el Salvador y libertador de la esclavitud ardientemente atrae el hombre para Si, para que se de cuenta de que es propiedad Suya. Fue Él quien hizo de Israel Su pueblo santo y también Su sacerdocio santo. La adoración del verdadero Dios en la fe es el fundamento en que todo se asienta, la raíz interior a partir de la cual todo se desenvuelve, que todo penetra y perfecciona; la adoración en la fe es el principio, el centro y el fin. El pertenecer a Dios como Su propiedad exige del hombre su entrega total a Dios, en la espontaneidad de adoración, en la exclusividad incondicional y en la totalidad, esto es el primer mandamiento de Dios.

Igualmente directo, exclusivo y tal como el primer mandamiento de adoración en la fe, es también el segundo mandamiento que igualmente no admite limitaciones, excepciones y compromisos de corazón dividido, porque

sólo expresa el "reverso" del primer mandamiento: la nada humana. El hombre debe de guardar delante de sus ojos su propia "nada" en una viva adoración interior del verdadero "Yo soy" y así no puede caer en el pecado de Adán, afirmando ser divino. Quien no cumple, por tanto, el primer mandamiento, tampoco puede cumplir el segundo o viceversa.

Israel es pueblo y propiedad del Señor, es un pueblo santo, un sacerdocio real; el nombre del Señor es su nombre - el nombre de Dios es el nombre del hombre - de todo el pueblo y de cada uno; y por eso se dice: "No invocar el Nombre del Señor en vano".

El Nombre de Dios es Su Santo Ser, es la realidad viva de Su santidad, y El deja tomar parte en ella al hombre; "invocar" significa atraer, raptar y el rapto asegurar; "en vano": es el motivo, es el fin, en unión del "vacío", del vano; sin fundamento, sin realidad, por eso injusticia, mentiroso, falso. El Señor no puede purificar, reparar a quien invoca Su nombre en "vano". Cuando el hombre utiliza el Nombre de Dios por aquello, que es nada, eso no es otra cosa que el pecado de Adán: es el robo del nombre de Dios, el robo del semejante de Dios.

Este robo de semejanza de Dios que es el pecado de Adán, se encuentra claramente en el segundo mandamiento de Dios que lleva el hombre para su propio centro: es la determinación íntima de apartarse de este pecado y exterminarlo por el sacrificio de adoración, por la entrega total a Dios.

El Corazón Inmaculado de María quiere recordar así a los hombres y pueblos los tres primeros mandamientos de Dios:

1. La adoración al únicamente verdadero Dios con el corazón entero en la entrega total de toda la personalidad al fuego ardiente del celoso amor de Dios.

2. La total renuncia al orgullo de Adán, a partir de la raíz interior de una humildad sin fingimiento.

3. La santificación del domingo en cuyo centro se encuentra el Santo Sacrificio: la adoración de Dios en unión con Jesús.

Estos elementos centrales de los tres primeros mandamientos son por eso también los elementos esenciales de la oración sacerdotal de Cristo, del Magnificat de María y del Padre nuestro.

El Corazón Inmaculado de María llama la atención de los hombres hacia el "pecado" en la verdad, muestra las raíces interiores del pecado, las causas de las desgracias de nuestro tiempo; muestra también el único camino eficaz de la salvación. Por eso es necesario tener en el punto de mira en la adoración reparadora esos aspectos que el Corazón Inmaculado de María indica.

«No ofendan más a Dios Nuestro Señor...»

La Hermana Lucía en su libro « Llamadas del Mensaje de Fátima» llama también con gran insistencia al cumplimiento de los Mandamientos de Dios:

«Dios nos creó para amarle y servir en esta vida y para ir después a gozar de Su vista en la Vida Eterna. El Mensaje de Fátima nos recuerda la necesidad de seguir por el camino del Cielo. Es la observancia de la Ley de Dios lo que nos ha de conducir a la vida eterna. Así lo declaró Jesucristo a un joven que le preguntó: *"Maestro, ¿qué cosas buenas debo hacer para alcanzar la vida eter-*

na? Él le respondió:... si quieres entrar en la Vida, guarda los mandamientos.”

Por lo tanto, el camino del Cielo es éste: cumplir los Mandamientos.

Como, desgraciadamente, la mayor parte de la humanidad los ignora y no los comprende, será útil, para muchas almas, recordarlos aquí, para tener presente lo que debemos hacer para conseguir la vida eterna.

Tal vez a alguien se le ocurra preguntarme: ¿Qué tiene que ver con el Mensaje los Mandamientos de la Ley de Dios? Respondo que tiene que ver, y mucho; son uno de los puntos principales del Mensaje. En efecto, Nuestra Señora terminó la serie de sus apariciones en Fátima con las siguientes palabras: «No ofendan más a Dios Nuestro Señor que ya está muy ofendido». Y, antes, en el día 13 de julio, Ella había dicho: «En octubre diré quién soy y lo que quiero». Siendo así, lo que Nuestra Señora quería y, por lo tanto, el fin principal del Mensaje era pedirnos que no ofendiésemos más a Dios Nuestro Señor porque Él ya estaba muy ofendido.

Y, no hay duda que lo que más ofende a Dios es la transgresión de Su Ley: toda la Sagrada Escritura nos lo atestigua. Todos los Profetas clamaron contra la transgresión de la Ley de Dios; y del mismo modo hizo Jesucristo y hace la Iglesia, continuadora como es de la voz de Cristo cerca de nosotros.

El libro del Deuteronomio describe cómo Moisés ya a las puertas de la Tierra Prometida colocó a su alrededor a las doce tribus de Israel para recordarles todo el camino por el cual Dios les había conducido, desde la salida de Egipto hasta llegar allí, al río Jordán. He aquí cómo Moisés recuerda el gran don de Dios a Su pueblo, el Decálogo: «Yavé nos habló cara a cara sobre la montaña, en medio de fuego. Yo estaba entonces entre Yavé y vosotros, para traerlos sus palabras, pues vosotros teníais miedo del fuego y no subisteis a la cumbre de la montaña. Él dijo: Yo soy Yavé, tu Dios, que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre» (Dt. 5, 4-6).

Todos los israelitas vieron el fuego sobre la montaña y todos comprendieron que era fuego sobrenatural, porque no quemaba ni consumía; en ese fuego, de algún modo, vieron a Dios y quedaron aterrados, como ellos mismos confesaban, acabando por pedir a Moisés que les hiciera de mediador: « Acércate tú y oye lo que te diga Yavé, nuestro Dios, y transmítenos cuanto Yavé te diga. Nosotros lo escucharemos y lo haremos» (Dt. 5, 27).

Dios se manifestó a los israelitas para asegurarles de la realidad de Su existencia y pudieran así transmitir la certeza de esta verdad. También nosotros somos espiritualmente del número de este pueblo; entroncados en Cristo por el Bautismo, entramos a formar parte del Pueblo de Dios. Fuimos escogidos por Dios para ser miembros del Cuerpo Místico de Cristo que es Su Iglesia. Y es esta Iglesia la que, universalmente, forma el Pueblo de Dios, como se ve por el mandato que recibió de Cristo: “Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado, se salvará; pero el que no crea, se condenará” (Mc. 16, 15-16). Es preciso,

pues, creer en Dios y ser bautizado para ser salvado, para pertenecer al Pueblo de Dios y ser del número de Sus escogidos.

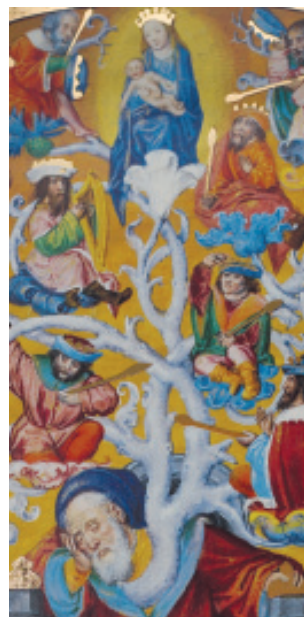
Atemorizados no sólo por el fuego de Dios sobre la montaña que temblaba, sino también por la voz de trueno con que Dios les hablaba, los israelitas pidieron a Moisés que fuera su intermediario cerca de Dios. Cuando volvió de junto a Dios, Moisés les transmitió las leyes que Dios le dio, y, después, les dijo: «Éstas son las palabras que Yavé dirigió a toda vuestra comunidad desde la montaña, en medio de fuego, de nube y de tinieblas, con fuerte voz, y no añadió más. Las escribí sobre dos tablas de piedra que Él me dio. Ahora bien, después que oísteis Su voz en medio de las tinieblas estando la montaña toda en fuego, os acercasteis todos luego a mí con los jefes de tribu y todos los ancianos diciendo: (...) Acércate tú y oye lo que te diga Yavé, nuestro Dios, y transmítenos cuanto Yavé te diga. Nosotros lo escucharemos y lo haremos. Yavé escuchó vuestras palabras, cuando me hablabais y me dijo: He oído las palabras que el pueblo te ha dirigido; está bien lo que dicen. ¡Ah, si tuvieran siempre ese mismo corazón y siempre me temieran y guardarán mis mandamientos para ser por siempre felices, ellos y sus hijos! (...) Poned, pues, mucho cuidado en hacer cuanto Yavé, vuestro Dios os manda; no declinéis ni a la derecha ni a la izquierda» (Dt. 5, 22-32).

Moisés es el transmisor del mensaje de Dios a Su pueblo... En Moisés, vemos representado al Jefe de la Iglesia, encargado por Jesucristo de transmitirnos las leyes y las palabras de Dios. Es preciso, pues, creer en Dios y creer en Su Iglesia como los israelitas creyeron y dijeron a Moisés: «Vete, escucha lo que el Señor, nuestro Dios te dijere; Tú eres el que nos contarás todo lo que el Señor, nuestro Dios, te diga, y nosotros, oyéndolo, obedeceremos». Ésta debe ser también nuestra respuesta.

Santa Navidad

Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará.

Reposará sobre él el espíritu de Yahveh.
(Is 11,1)



He aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo
(Is 7,14)

Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros
(Jn 1,14)